
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

Así, gana Cristina

Hay un contraste notorio entre las febriles preocupaciones de la clase política, deseosa de llegar lo más armada posible a las elecciones de octubre próximo, y el manifiesto desinterés de buena parte la ciudadanía que ni siquiera parece entusiasmarse ante la inminencia de un recambio presidencial. Son, las mencionadas antes, como dos caras de una misma moneda que nunca alcanzarán a rozarse pero que, guste o no, están condenadas a permanecer unidas. Porque quienes dirimirán supremacías dentro de seis meses necesitan contagiarle algún entusiasmo a una población cada vez más alejada de sus gobernantes, y ésta, de su lado, no importa cuantos ascos le haga a los políticos, no sólo deberá tolerarlos sino que de sus decisiones dependerá su futuro.

El fenómeno no se puede decir que sea nuevo o que refleje una marcada animadversión de los argentinos respecto de la política en términos generales. En realidad se viene arrastrando desde hace décadas y transparenta el hartazgo del hombre común y corriente con unos supuestos representantes que sólo se acuerdan de los representados cuando llega el momento de desempolvar las urnas para votar.

En otras latitudes, la lógica consecuencia de una recusación tan evidente sería la de pegar el faltazo los días en los cuales habrán de substanciarse, de manera escalonada, los distintos comicios municipales, provinciales y, finalmente, nacionales que están planeados para el año en curso. En nuestro país nada de eso sucederá. Una sociedad descreída de sus dirigentes pero mansa

por naturaleza emitirá su sufragio como de costumbre, sin que haya un índice pronunciado de votos en blanco o de infractores decididos a quedarse en su casa.

La evidencia de lo dicho la resaltan —a pesar de ellas— las encuestas de opinión. Hay un porcentaje elevadísimo de personas —faltando tan poco tiempo para el 2 de octubre— que no tiene la menor idea, no ya de a quién votará, sino de qué se trata el comicio. Ningún especialista intentaría —por ser políticamente incorrecto— hacer un relevamiento en el que se le preguntase a los encuestados. no si prefieren a tal o cuál candidato, sino si saben cuál es la naturaleza de la elección por venir. Los pocos intentos que han sido efectuados en esa dirección ponen al descubierto un desconocimiento asombroso.

La democracia nativa no se derrumbará por efecto de semejante desapego. Hasta podría sostenerse que la ignorancia extendida a la mayor parte del universo que vota, lejos de resultar una amenaza latente para la clase política, es funcional a sus intereses. Como quiera que sea, lo cierto es que no se percibe entusiasmo electoral alguno. Los candidatos pueden generar mayor o menor adhesión, pero no son capaces de seducir a nadie. Ni uno solo de los que aspiran a calzarse la banda presidencial y tomar en sus manos el bastón de mando mueve a su paso multitudes.

En un escenario así tiene cierta lógica que frente a la inexperiencia de los opositores ya en carrera —Ricardo Alfonsín— y la indecisión de quienes amagan y no terminan de decidirse —Mauricio Macri— Cristina Fernández salga beneficiada. Tiene —por supuesto— los seguidores que estarían dispuestos a votarla siempre. Además, desde la muerte de su marido, ha logrado reconquistar a una masa considerable de independientes que se había alejado del kirchnerismo a partir de la disputa con el campo.

Suponer que el vuelco hacia la presidente se debe a una consagración de carácter ideológico o algo por el estilo, sería desatinado. Han vuelto porque perciben en el arco opositor una orfandad de propuestas, y tal incapacidad para vertebrar una alternativa creíble, que ha comenzado a preocuparles la gobernabilidad futura.

Si a esos independientes se les pidiese que definan qué les atrae del gobierno, no mencionarían el *modelo* ni el boom consumista ni la política de derechos humanos, sino la

estabilidad que, según muchos, Alfonsín y Macri no podrían asegurarles. No es que Cristina Fernández enamore como que los opositores no generan confianza. Todo esto unido al hecho de que el gobierno tiene una presencia e incidencia diaria en la vida de las personas de la cual los opositores carecen.

La campaña de Cristina Fernández esta jalonada de anuncios de subsidios, de nuevas obras públicas y de medidas en general destinadas a favorecer, a lo largo y ancho del país, a los gobernadores e intendentes adictos. Con fondos cuantiosos que gastar, el camino que deberá recorrer hasta octubre parece hasta aquí venturoso. En cambio, quienes se alinean en la vereda de enfrente solo pueden criticar y prometer lo que harían en el hipotético caso de triunfar. De momento, entre lo conocido —bueno o inclusive malo, según de quien se trate— y lo desconocido, la tendencia es a privilegiar lo primero a expensas de lo segundo.

Hay, también, sectores enteros de la población preocupados por los excesos autoritarios del gobierno que, llegados a esta instancia y luego de percatarse de la índole invariable del kirchnerismo, nunca lo votarían. Así como existe un núcleo duro sostenedor de la actual administración, existe otro de signo contrario tan importante como aquél. Solo que mientras el kirchnerismo ha sido capaz de convencer a una cantidad de indecisos de que con Cristina Fernández no habrá salto al vacío, sus opugnadores no han logrado hacer lo mismo. Esa es la gran diferencia que explica, básicamente, la brecha que separa a la presidente de sus más inmediatos —aunque lejanos— competidores en la intención de voto.

Cuando llegue octubre quienes decidirán el resultado electoral no serán los peronistas de toda la vida ni los radicales históricos. Será ese 70 % de argentinos, poco más o menos, desinteresado de la política, que no se reconoce bien representado por ninguno de los candidatos, que no está afiliado a partido alguno y al que los comicios le representan una carga. Sin embargo, como tiene que votar, en la soledad del cuarto oscuro votará por el mal menor. El kirchnerismo nunca le terminó de llenar los ojos y nunca se consagró a sus banderas en cuerpo y alma. Por eso le dio claramente la espalda en las movilizaciones del 2008 y en los comicios legislativos del año siguiente. Con todo, hoy su parecer está más cerca del oficialismo y no porque se sienta

identificado con sus postulados. Sencillamente porque el resto le da miedo o le parece débil para tomar en sus manos el poder y ejercerlo en tiempo y forma.

La situación puede modificarse, si bien ha pasado medio año desde la muerte de Néstor Kirchner —una verdadera bisagra en cuanto a la relación del gobierno con los sectores independientes— y los opositores siguen en veremos. Así, gana Cristina Fernández en primera vuelta.

Mensaje a los candidatos
En 2012, se acaba la fiesta

Todo está de maravillas. Aunque para conformarse están los demás, dice la señora.

Esa edulcorada visión de la economía puede ser muy útil como práctica proselitista, para consumo de las masas. Pero cuidado. El riesgo está en creerse las propias mentiras.

Es cierto que la mayoría de las bombas de tiempo que acechan a la economía —distorsión de precios relativos, deterioro fiscal, inflación, desinversión, falta de energía, etc.— no presentan riesgos serios de explosión en el corto plazo. El financiamiento del desenfrenado gasto estatal dejó de ser crítico a partir de marzo del año pasado, cuando el BCRA se convirtió en una suerte de portería de la Casa Rosada, encargado de atender los vencimientos de los acreedores y facilitar liquidez para otros estipendios .

Sin embargo, si bien el gobierno ha hecho suya la fábrica de hacer pesos, no se ha apoderado aún —para esto no sirven los mágicos DNU— de la máquina de emitir dólares. Y, por primera vez desde la crisis 2001-2002, la economía argentina ha comenzado a evidenciar una estrechez estructural de la caja en dólares.

No es como ocurrió durante 2008 y 2009, cuando la disponibilidad de divisas tambaleó por el enfrentamiento con el principal sector productivo y por la crisis financiera internacional. Esta vez la estrechez es endógena al modelo y la tendencia resultará difícil de revertir.

Hasta ahora, el superávit comercial fue más que suficiente para financiar la fuga de capitales. Por eso no hubo corridas contra el peso a pesar del ostensible atraso cambiario. Si el BCRA hubiera dejado de intervenir en la plaza comprando divisas con emisión, el dólar nominal habría caído. Se evitó la apreciación del peso en términos nominales a costa de inflación y apreciación en términos reales. Durante los últimos años, el excedente de la cuenta corriente externa —es decir, el flujo de divisas resultante del comercio y de otras transferencias— nos puso a cubierto de percances cambiarios.

Pero esa situación ha ido cambiando como natural consecuencia de uno de los tres desbalances intrínsecos al modelo K, a los que reiteradamente me referí en estas mismas páginas: es tan prodemanda y tan antioferta, que la brecha creciente entre la demanda y la oferta domésticas es cubierta con importaciones en alza permanente. Mientras que por falta de inversión se va saturando la capacidad de producción, las compras al exterior crecen sin pausa —pese a las trabas pararancelarias y las *presiones informales* del secretario de Comercio— motorizadas por los incentivos al consumo y el dólar atrasado. El año pasado las exportaciones aumentaron 23 % pero las importaciones volaron 46 %.

El saldo comercial, que ascendió a US\$ 17000 MM en 2009, cayó a US\$ 12000 MM en 2010. Este año volverá a caer pese al denodado esfuerzo oficial por cerrar nuestra economía, a costa incluso del Mercosur. En los tres primeros del año las importaciones —en cantidades— siguen creciendo once puntos por encima de las exportaciones, pese a haberse trabado arbitrariamente el ingreso a plaza de una montaña de mercaderías que siguen deteriorándose en los depósitos fiscales.

La caída del excedente comercial podría llevar la cuenta corriente externa al rojo a más tardar el año próximo: en 2009 su saldo superó US\$ 11000 MM pero en 2010 se redujo a menos de US\$ 3600 MM. De hecho, aun con una cosecha que resultó mejor a lo previsto y precios internacionales de excepción, es probable que las reservas brutas registren este año la primer caída

en casi una década. Es desde esta perspectiva que hay que considerar los nuevos controles dispuestos para las operaciones cambiarias.

Una vez que se desaparezca el superávit de cuenta corriente, el flujo financiero negativo —la salida de capitales— comenzará a alimentarse exclusivamente del stock de divisas; esto es, de las reservas internacionales. Todos sabemos que no es sustentable compensar los problemas de flujo con disminuciones del stock. Mucho menos si examinamos la situación de esas reservas.

Desde 2008 hemos venido advirtiendo que el saldo de reservas netas efectivas para enfrentar una eventual situación de tensión es muy inferior al total bruto publicitado por el Central. Es decir, a ese total corresponde descontarle la deuda financiera (LEBAC, NOBAC y pasivos) del Central, que asciende ya a U\$ 25000 MM y que crece a ritmo de vértigo: en un año trepó 60 % mientras que las reservas lo hacían en apenas 8 %. Si bien está nominada en pesos, la devolución de esos fondos implicaría en toda circunstancia un brusco y grave deterioro de la relación base monetaria/reservas, con idénticas consecuencias a que estuvieran nominadas en dólares. También corresponde restar los U\$ 9000 MM de encajes de los depósitos en dólares, que en caso de corrida deberían ser devueltos por los bancos a sus titulares. Sin considerar otras deducciones, —como los pagos pendientes a acreedores privados, los préstamos de reservas del Banco de Basilea o las ventas de divisas a futuro— las reservas netas no llegan a U\$ 18000 MM frente a una base monetaria de casi \$ 170000 MM. El cuadro podría agravarse si el gobierno acordase la cancelación de su deuda con el Club de París.

Con un atraso cambiario que se acentúa día tras días, al compás de la inflación, la situación puede volverse explosiva en 2012. El detonante no sería la pérdida de competitividad cambiaria sino la acumulación de ganancias en pesos generadas por el pedal multiplicador que brinda el atraso cambiario. En la medida que más plata han ganado quienes se montaron en la bicicleta, y el riesgo de seguir posicionados en pesos se les hace más evidente, se acelera el final y se acrecienta el poder explosivo. El *efecto puerta 12* designa a esos procesos de reacomodamiento repentino.

Por ello, en el escenario de una re-reelección K debe contemplarse como inevitable la nacionalización del comercio exterior y el control completo de cambios. Pues esta sería la única

posibilidad de sostener el modelo actual. Obviamente, estaríamos a salvo de todo cataclismo si los precios agropecuarios crecieran sin fin.

Es que el modelo kirchnerista de deglución de riqueza ya no necesita del viento de cola. Ahora requiere vendavales. Y muy pronto, huracanes.

Secciones del Informe completo

- ◆ Crónicas Políticas
- ◆ *Mensaje a los candidatos*
En 2012, se acaba la fiesta
- ◆ Brecha creciente entre el tipo de cambio oficial y el marginal
Controles y demanda se autorrefuerzan
- ◆ Sector externo - marzo
Mitos, mentiras y desequilibrios del modelo
- ◆ China cortó compras de soja
¿Quién suponía que nuestras trabas no tendrían consecuencias?
- ◆ Política proexportadora en clave K
Se pierde la oportunidad del maíz por la prohibición de exportar
- ◆ INDEC: ni siquiera el censo es confiable
La destrucción de las estadísticas públicas
- ◆ Economía mundial
La sombra de la stagflation